



Antropología Social

Estacionalidad turística y paisaje costero. Una etnografía espaciotemporal de la ciudad balnearia de Villa Gesell

Tourist seasonality and coastal landscape. A spatiotemporal ethnography of the seaside city of Villa Gesell

Lucía de Abrantes

Centro Interdisciplinario de Estudios en Territorio, Economía y Sociedad (CIETES). Universidad Nacional de Río Negro (UNRN). CONICET, Argentina.
E-mail: deabranteslucia@gmail.com

Resumen

Este artículo se propone reflexionar sobre las características y problemáticas de las ciudades costeras que viven de un turismo estival anclado en los servicios de sol y playa. En particular, se focaliza en comprender los efectos que produce la estacionalidad de la actividad económica sobre el paisaje habitado. Para hacerlo, toma un caso de estudio: la ciudad de Villa Gesell ubicada sobre corredor atlántico de la provincia de Buenos Aires, en Argentina. Esta ciudad –desde su fundación en los años treinta– ha explotado sus recursos paisajísticos para vivir exclusivamente de los servicios turísticos que ofrece a los veraneantes argentinos. Con cuarenta mil habitantes permanentes, Villa Gesell se posiciona como el segundo destino estival del país y recibe cerca de un millón y medio de turistas entre los meses de diciembre y marzo. Desde un enfoque etnográfico que atiende a los movimientos espaciales y temporales, la investigación busca realizar sus principales contribuciones sobre las particularidades históricas, económicas, culturales, urbanas y materiales de los balnearios atlánticos de la provincia de Buenos Aires.

Palabras clave: Turismo; Estacionalidad; Paisaje; Balnearios; Etnografía.

Abstract

This article aims to reflect on the characteristics and issues of coastal cities that rely on summer tourism centered around sun and beach services. Specifically, it focuses on understanding the effects of the seasonality of economic activity on the inhabited landscape. To do so, it takes a case study: the city of Villa Gesell located on the Atlantic corridor of the province of Buenos Aires in Argentina. Since its foundation in the thirties, this city has exploited its scenic resources to live exclusively from the tourist services it offers to Argentine vacationers. With forty thousand permanent residents, Villa Gesell ranks as the second summer destination in the country and receives around one and a half million tourists between December and March. Applying an ethnographical approach that considers spatial and temporal movements, the research seeks to make its main contributions regarding the historical, economic, cultural, urban, and material particularities of the Atlantic seaside cities in the province of Buenos Aires.

Keywords: Tourism; Seasonality; Landscape; Seaside cities; Ethnography.

Introducción

Más allá de su aparente fuerza estructural arrolladora, las ciudades son el resultado de procesos de producción social. Las disputas, los conflictos y las luchas que marcan a fuego estos procesos definen sus rumbos, sus improntas, sus expresiones materiales y simbólicas. Esta postura, estabilizada entre expertos y legos, lleva a reconocer la existencia de actores que, aun participando de los procesos de producción, habitan ciudades que parecen no pertenecerles. Ciudades que se les escurren a pesar de los intentos por hacerlas propias, de las resistencias y de las luchas. Ciudades que esquivan sus intenciones y –sin escrúpulos– responden a los intereses, los deseos o los imaginarios de un otro. Un otro que, incluso, puede no vivirlas y sólo elegir las por necesidades recreativas, económicas o extractivistas.

Este podría ser el caso de algunas localidades costeras argentinas que han sido concebidas, establecidas y desarrolladas para satisfacer un deseo estacional: el de los veraneantes que, año tras año, se aventuran por las rutas de la provincia de Buenos Aires persiguiendo el fulgor de los aclamados balnearios atlánticos. Se trata de ciudades extrañas y extrañadas en las que el deseo de los unos y los otros –de los locales y los turistas, de los permanentes y los estacionales, de los visitantes y los anfitriones– se enlazan de formas peculiares produciendo paisajes desiguales en una tensión permanente.

Sin mediaciones ni dobleces, una habitante de estos territorios costeros expone: “Vivimos en una ciudad que fue pensada para el placer y el deseo de otros. Todos estos hoteles, estas playas, ese bosque, estos

Recibido 14-11-2023. Recibido con correcciones 16-04-2024. Aceptado 01-07-2024

Revista del Museo de Antropología 17 (2): 187-202 /2024 / ISSN 1852-060X (impreso) / ISSN 1852-4826 (electrónico)
<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/antropologia/index>

IDACOR-CONICET / Facultad de Filosofía y Humanidades – Universidad Nacional de Córdoba - Argentina



restaurantes: ¿para quiénes son?, ¿dónde queda, en el medio de todo esto, nuestro propio placer?” (historiadora, 40 años).¹ Estos dispositivos recreativos, pensados para satisfacer los deseos turísticos, se figuran como extraños, impropios, ajenos. Sin embargo, también parecen operar como las estructuras e infraestructuras necesarias para la reproducción social de estas comunidades.

No, no son para nosotros, pero las necesitamos para sobrevivir. Estamos presos del verano y del turismo [...] y hay que fomentarlo ofreciendo cosas, creando castillos de arena y espejitos de colores. Si el deseo del otro no aparece, acá las cosas se complican porque se desarmen, en realidad, nuestros propios deseos. La playa es una figura compleja, muy compleja. (Historiadora, 40 años)

¿Cuál es origen de esas playas complejas? ¿Cómo llegaron a estar presas del turismo y del verano? ¿Qué son los espejitos de colores? ¿Quiénes son los unos y quiénes los otros? ¿Quiénes levantan los castillos de arena, quiénes los habitan y quiénes los derrumban? Estas son algunas de las preguntas que impulsaron la investigación que conduje en uno de estos balnearios atlánticos de Buenos Aires: Villa Gesell.

La costa bonaerense argentina ha sido, hasta entrado el siglo XIX, un escenario despoblado, improductivo y poco prometedor. Para esa época, las riberas atlánticas carecían de caminos, medios de comunicación, vías férreas y tierras fértiles para la agricultura. Eran zonas habitadas por algunos pobladores dispersos que no ofrecían grandes oportunidades para el desarrollo económico. No obstante, hacia finales de aquel siglo, la legislatura provincial bonaerense comenzó a cimentar la necesidad de fundar pueblos y delimitar partidos para consolidar los avances de la frontera desde la costa hacia el interior de la llanura pampeana. En este contexto surgieron los primeros pueblos balnearios, situados principalmente en el sudeste de la provincia de Buenos Aires (Pastoriza, 2011).

En 1874 se fundó la primera villa de veraneo. Si bien orientada a satisfacer las necesidades de una aristocracia asentada en la ciudad de Buenos Aires, Mar del Plata logró instalar en el imaginario colectivo la valorización de los espacios costeros y cimentó una serie de representaciones y prácticas turísticas entre los argentinos. De acuerdo con Pastoriza (2011), la consolidación de la “Perla del Atlántico” –tal como se conoció a esta ciudad– motorizó todo un ciclo fundacional de pueblos balnearios que fueron constituyendo y modelando el frente urbano costero de la provincia de Buenos Aires.

La tarea, sin dudas, no fue fácil. Estos pueblos se asentaron

¹ Para referenciar las entrevistas realizadas decidí incorporar aquellos datos (como profesión o actividad y edad) que resulten específicamente relevantes para problematizar los argumentos de los sujetos interpellados a través de esta técnica.

sobre cordones arenosos y áridos, improductivos y estériles, plantados a espaldas de las fértiles tierras ganaderas de la pampa húmeda. Para dar forma y contenido a estas nacientes localidades fue necesario desplegar una intensa lucha contra la arena y las fuerzas de la naturaleza. Quizás por ello, los pioneros fundadores de estos escenarios costeros sean convocados por los imaginarios locales en clave mítica y también heroica (de Abrantes, 2018).

Con este proceso fundacional aún en marcha, a mediados del siglo XX comenzaron a implementarse una diversidad de políticas públicas destinadas a fomentar el crecimiento de estos destinos turísticos. Por un lado, en los años treinta se expandió la red de caminos y se consolidó el trayecto del ferrocarril (Piglia, 2014). Por otro, en los años cuarenta, el derecho a las vacaciones y al descanso impulsó un “proceso de democratización del bienestar” que logró convertir a estas playas exclusivas en balnearios populares (Pastoriza y Torre, 2019). Estas iniciativas fueron motorizando la aparición de una nueva cultura del ocio y el tiempo libre anclada en tres elementos icónicos: el sol, la playa y el mar.

En la actualidad, el corredor atlántico bonaerense está constituido por ciudades, de distinto tamaño y alcance turístico nacional, concebidas para ofrecer diversos servicios recreativos (Dadon, 2011), pensadas –como planteó mi entrevistada– para satisfacer un deseo ajeno, ocasional y pendular. Entre sombrillas, lobos marinos, trajes de baño, faros, carpas, hoteles, cafeterías, casinos y ramblas, estas ciudades se han convertido en los destinos más elegidos por las familias argentinas durante la temporada estival: entre diciembre y marzo. Imaginadas, proyectadas, creadas y desarrolladas con el *tempo* de la “industria sin chimeneas”, encontraron en esta actividad económica la única fuente de supervivencia. Con excepción de Mar del Plata –que cuenta con más de 700.000 residentes y ha desarrollado diversos canales productivos y comerciales por fuera de la industria de la recreación y el ocio–, la mayoría de estas localidades no sortea las lógicas que impone la temporada turística. Es decir, con más de noventa años de vida, no han logrado diversificar sus actividades.

El presente trabajo se propone problematizar algunos de los efectos que produce el turismo de sol y playa sobre los modos de habitar estos escenarios. En particular, se focaliza en las huellas que imprime la alternancia del tiempo estacional sobre el paisaje habitado. Un paisaje según los términos de Ingold (2013), es decir, en tanto *taskscape*. Este “paisaje de tareas” no es el espacio visto y dibujado desde afuera; tampoco es tierra, entendida como suelo cuantificable e intercambiable; ni es naturaleza, como algo que podamos separar de las actividades humanas. El paisaje es materia y tiempo, es un proceso que involucra quehaceres, movimientos, itinerarios y prácticas. Y

también historia, porque atesora las huellas de todos esos quehaceres pasados.

La investigación se sitúa en un caso de estudio: la ciudad de Villa Gesell, ubicada a 350 kilómetros de la Ciudad de Buenos Aires (ver Figura 1). Esta localidad, de 38.000 residentes permanentes, recibe cerca de 1.500.000 turistas durante la temporada y se presenta como el segundo destino estival del país, después de Mar del Plata (INDEC, 2022a). Es una localidad que ha crecido y se ha desarrollado mediante una serie de políticas turísticas y comerciales que han buscado explotar de manera unívoca el potencial de este sector (de Abrantes, 2021). Por esto, los geselinos señalan con frecuencia que “la temporada marca un antes y un después” en sus vidas (comerciante, 68 años).

Siguiendo las huellas del cambio estacional, es posible sostener que Villa Gesell es una ciudad radicalmente distinta en invierno y en verano. Un espacio que parece montarse hacia finales de octubre para desmontarse entrado el mes de marzo. Una ciudad de pleno empleo y, a la vez, una ciudad que alcanza altos niveles de desempleo. Una ciudad “viva” y una ciudad “muerta”. Un balneario “rico” y un pueblo “pobre” (Oviedo, 2009). La vida social de esta localidad se mueve, en palabras de Mauss y Beuchat “a un ritmo regular, sin ser, durante las diferentes estaciones, igual a sí misma. Tiene un momento de apogeo y otro de hipogeo” (1979 [1905]: 426). Por todo esto, Gesell –como se nombra informalmente a este balneario– se presenta como un caso de estudio privilegiado para abordar la relación entre estacionalidad y paisaje.

La estrategia metodológica elegida es la etnografía, que prioriza problematizar los fenómenos sociales desde la perspectiva de los actores involucrados. La especificidad radica en explorar el “qué”, “el por qué” y el “cómo es” para sus protagonistas, así como en implementar un conjunto de técnicas de recolección de datos capaces de capturar y registrar esas experiencias. Se trata, en definitiva, de un trabajo artesanal e inductivo que requiere de la gesta de una relación estrecha con aquellos actores y protagonistas de los fenómenos que el investigador explora (Guber, 2005). De este modo, los principales hallazgos aquí presentados fueron obtenidos a partir de un trabajo de campo que desarrollé entre los años 2015 y 2022 en la ciudad balnearia de Villa Gesell. En ese recorte temporal, y en el marco de una tesis de doctorado, realicé entrevistas en profundidad a funcionarios y diversos habitantes de la localidad, así como trabajo de archivo en el museo local y múltiples observaciones en el espacio público. Los datos obtenidos me han permitido construir y estabilizar una serie de argumentos sobre estacionalidad y paisaje costero. Una serie de argumentos que, en definitiva, son capaces de iluminar esa relación, tan compleja como vital, que se extiende entre la coordenada temporal y la espacial

(Harvey, 1994).

Estacionalidad y paisaje. Algunas precisiones conceptuales

El espacio y el tiempo se postulan como el resultado de una serie de acuerdos sociales e intersubjetivos que se tejen, se estabilizan y, también, se transforman. La construcción social que se esconde detrás de este fenómeno no niega el anclaje que estos conceptos tienen en la materialidad y cotidianidad del mundo. Son expresiones objetivadas a las cuales los sujetos y las instituciones necesariamente responden porque constituyen los marcos de referencia primarios para organizar la vida en común (Harvey, 1994).

La investigación que llevé adelante en la localidad de Villa Gesell asumió como brújula la discusión espaciotemporal, situada en la experiencia de un tiempo específico: el estacional. A su vez, como ya mencioné, buscó abordar el espacio en términos de paisaje, un paisaje que se levanta por fuera de todas las dualidades: no es idéntico a la naturaleza, ni tampoco está del lado de la humanidad contra la naturaleza; no es una expresión del mundo interno de los sujetos, pero tampoco subyace en una exterioridad impenetrable; no es una totalidad abstracta ni un recorte con límites precisos. El paisaje, como explica Ingold, “es el mundo como es conocido para aquellos que habitan en él, quienes viven en sus lugares y viajan a través de sus caminos conectándolos” (2013: 11).

El paisaje es, además, tiempo. Es el cúmulo de las tareas, de las acciones, de los movimientos que despliegan los sujetos intersubjetivamente. En definitiva, el paisaje cuenta –o más bien– es una historia. Abarca las vidas y los tiempos de los antecesores quienes, a lo largo de las generaciones, se movieron alrededor de él y contribuyeron a su formación, a su expresión.

El percibir el paisaje es por lo tanto llevar adelante un acto de rememoración, y recordar no es tanto una cuestión de buscar una imagen interna, almacenada en la mente, sino más bien vincularse perceptualmente con un ambiente que está impregnado de este pasado. (Ingold, 2013: 3)

Por su parte, la estacionalidad es una variación periódica y predecible que responde a la estructuración de los días del año en estaciones. En el caso de la mayoría de las sociedades occidentales, éstas son cuatro y cada una agrupa tres meses, siguiendo una serie de características meteorológicas, astronómicas y fenológicas que se mantienen relativamente estables durante el período –verano, otoño, invierno y primavera–, totalmente opuestas entre el hemisferio norte y el hemisferio sur. Los límites que separan una estación de otra están dados por una fecha del calendario: el día 20 se cierra una y el 21 se inaugura la siguiente.

El tiempo estacional ha sido un objeto anhelado y explorado por la antropología. Las etnografías de principios del siglo xx evidencian que los antropólogos asumieron la tarea de analizar el modo en que la estacionalidad se vinculaba con la organización social, económica, morfológica, política y cultural de los grupos humanos (Carbonell Camós, 2004; Vargas Cetina, 2007; Iparraguirre, 2011). Mauss fue uno de los pioneros en emprender la tarea de conceptualizar este tiempo cuando analizó las variaciones estacionales del pueblo esquimal. En colaboración con Beuchat, en ese estudio el antropólogo sentó las bases de una línea de investigación que aún continúa nutriéndose de aportes. La piedra angular de su propuesta fue establecer que “la vida social no tiene el mismo nivel durante todo el año, sino que atraviesa por fases sucesivas y regulares, de intensidad creciente y decreciente, de reposo y de actividad, de gasto y de reparación” (Mauss y Beuchat, 1979 [1905]: 428). Estos contrastes, entre alta y baja intensidad, estarían dados por el cambio de estación. Más aún, esas estaciones formalmente divididas en cuatro pueden asumir otras formas dependiendo de las características de cada grupo social y de los modos en que esa organización, justamente, se vincula con la vida.

Los esquimales fueron el objeto de estudio que le permitió a Mauss arribar a una serie de hallazgos sobre la agencia de la estacionalidad. Por ello, en ese texto incluye un análisis sobre este pueblo que presenta características intrínsecas y enfrentadas en función de las transformaciones que se despliegan entre el verano y el invierno, prescindiendo del otoño y la primavera para centrarse en los extremos climáticos. Sin embargo, este autor dejó asentada la necesidad de escapar de cierto ejercicio etnográfico meramente descriptivo y postuló algunas categorías y formas analíticas capaces de ser utilizadas para pensar distintos grupos humanos en contextos diversos. Asimismo, estableció que no se trata de un problema específico de aquellas sociedades lejanas y distantes. Por el contrario, “no hay más que mirar en torno nuestro, en nuestras sociedades occidentales, para encontrar las mismas oscilaciones” (Mauss y Beuchat, 1979 [1905]: 427). Si bien estas oscilaciones pueden estar –siguiendo sus propios argumentos– más o menos ampliadas, más o menos aparentes para el ojo del observador, las estaciones intervienen de manera activa en toda configuración social.

En esta línea reflexiva se fueron sumando los aportes de los antropólogos Evans-Pritchard (1992), Leach (1971), Lévi-Strauss (2004) y, más recientemente, Gell (1992), Descola (2005), Fabian (2020), entre otros. Sus investigaciones sugieren que la estacionalidad atraviesa a distintos grupos humanos de diversas formas: existen economías y mercados estacionales, producción estacional, movimientos demográficos estacionales –nacimientos, decesos, migraciones, etc.– y también prácticas culturales estacionales. Lo cierto es que el cambio de estación genera transformaciones en la vida

de todos los sujetos, algunas más profundas (como la posibilidad de la supervivencia) y otras más superficiales (como lo referido a los gustos o las actividades recreativas) (Iparraguirre, 2011).

Esta investigación apunta a comprender la experiencia de una temporalidad circular que, en Villa Gesell, se erige junto a los cambios estacionales. Todos los años, más allá de algunas variaciones, la vida social geselina se estructura de la misma forma; esto es, a partir de un contraste entre un invierno calmo y un verano frenético, un invierno desolado y un verano abarrotado, un invierno “sin trabajo” y un verano que promete “salvar el año entero”. A su vez, esta temporalidad produce transformaciones en el paisaje: en verano, los geselinos comparten su territorio con el millón y medio de turistas que eligen estas playas para vacacionar –un sujeto peculiar de alteridad–; en invierno, por el contrario, “vuelven a ser ellos mismos”, a replegarse en una sociabilidad que se extiende entre supuestos conocidos. Es decir, las tareas, las actividades, los movimientos –en los términos de Ingold– se transforman radicalmente y exponen un paisaje costero trasmutado.

La estacionalidad, para el caso geselino, es radical porque habilita –como explica Silla (2010)– dos tipos diferenciados de sociedad que, a la vez, se constituyen como expresiones legítimas del mismo grupo humano. Estos contrastes no responden a los límites estacionales formales, sino a la lógica de una sociedad que nació, creció y se consolidó explotando –pero también padeciendo– la proclamada temporada turística. A contrapelo de la división equitativa en grupos de tres meses, el calendario geselino posee un invierno que admite una extensión de nueve meses y un verano sólo de tres. Las marcas de apertura y finalización de los ciclos temporales sólo pueden entenderse contextualizando la emergencia y el desarrollo de esta localidad: el verano se inaugura el 14 de diciembre –para conmemorar el día de su fundación– y termina, de manera difusa, “cuando el último turista se va”.

Villa Gesell: origen y consolidación de la ciudad turística

En una de las obras más influyentes para los estudios urbanos, Lefebvre (2013) escribió que, si bien todos los espacios están producidos socialmente, los escenarios turísticos responden a un proceso particular: son planificados de modo cuidadoso, centralizados, organizados, jerarquizados, simbolizados y programados al enésimo grado; concebidos, en todos sus detalles, para responder a una serie de necesidades vinculadas al divertimento, la recreación, el descanso y el ocio. Desde su perspectiva, los paisajes turísticos tienen la potencia seductora de un cuadro; es decir, de presentarse como una obra acabada capaz de ocultar las relaciones de poder y los contextos de producción.

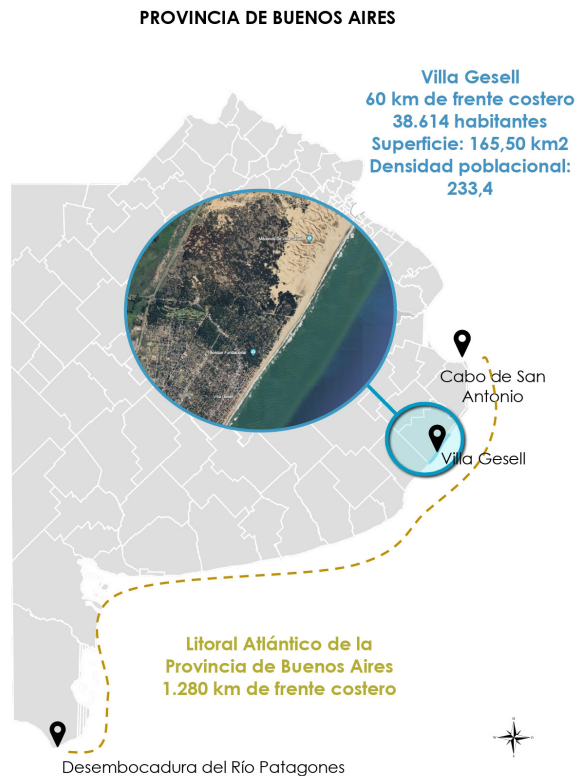


Figura 1. Ubicación y características generales de Villa Gesell
Fuente: Elaboración propia en base a google maps, datos obtenidos de https://www.gba.gob.ar/municipios/villa_gesell y del censo (indec, 2022b)

Figure 1. Location and General Characteristics of Villa Gesell
Source: Figure created based on Google Maps, data obtained from https://www.gba.gob.ar/municipios/villa_gesell, and the census (INDEC, 2022b).

Existen tantos destinos posibles como grupos sociales que se movilizan en busca de ellos. En la actualidad, el turismo como práctica social se ha diversificado hasta lo inimaginable. El mercado ofrece experiencias exóticas, travesías salvajes, paquetes cerrados, itinerarios históricos, urbanizaciones espectaculares, naturalezas prístinas, inmensidades y comodidades de lo más excéntricas. Los turistas consumen –apelando a una multiplicidad de condicionamientos, motivaciones, tradiciones y gustos– aquellos espacios o fragmentos de espacios ofertados en un mercado altamente competitivo. Teniendo en cuenta estas consideraciones: ¿cuáles son las particularidades de la ciudad balnearia que aquí se interpela?, ¿cómo nació Villa Gesell?, ¿cómo creció?, ¿cómo se transformó?, ¿qué recursos explota?, ¿quiénes la viven cotidianamente?, ¿quiénes la eligen como destino turístico y por qué? En lo que sigue ensayo algunas respuestas a estas preguntas y presento una reconstrucción del recorrido histórico de la ciudad para delinear los bordes del paisaje costero y entender, a su vez, por qué la alternancia estacional

organiza la vida de esta comunidad atlántica.

Oficialmente, Villa Gesell fue fundada el 14 de diciembre de 1931. Esta es la fecha que figura en los registros oficiales como el hito fundacional; el punto de partida de una serie de procesos de crecimiento, expansión y consolidación de la ciudad turística. Su origen se inicia con la construcción de una casa emplazada sobre un médano de nueve metros de altura, cuyas paredes se encuentran elaboradas en paneles dobles de madera, revestidos con material desplegable y cubiertos con capas de revoque. La casa tiene la particularidad de poseer cuatro puertas: cada una de ellas orientada a un punto cardinal diferente para que, cuando los vientos levantan suficiente arena como para bloquear alguno de los accesos, siempre se pueda entrar y salir de la vivienda.

Cuando Carlos Idaho Gesell –el fundador de la ciudad– emplazó esta casa emblemática sobre aquel médano, tenía el objetivo de llevar a cabo un proceso de forestación del territorio dunícola para proveer de insumos a su comercio: Casa Gesell, un negocio familiar relativamente próspero, de fabricación y venta de muebles para niños, situado en la Ciudad de Buenos Aires (Noel, 2020). La casa de las cuatro puertas se construyó con el fin de que pudiera brindarle refugio cada vez que tenía que trasladarse hacia este lugar.

Sin embargo, algunos años después, su objetivo mutó radicalmente. Don Carlos –como lo llaman los geselinos– no sólo se trasladó e instaló en esta casa de manera permanente, sino que, dadas las condiciones paisajísticas de la zona, la proliferación de destinos turísticos de sol y playa, y la consolidación del acceso a las vacaciones, comenzó a soñar con la fundación de una villa balnearia. Concretar ese sueño no fue una tarea sencilla. Tal como indican los geselinos y las fuentes locales analizadas,² Carlos Gesell y un grupo de pioneros “combatieron cuerpo a cuerpo” (Ortiz, 2010) con los médanos, buscando concretar la fijación de esas grandes montañas de arena. Tras varios fracasos que incluyeron pruebas con diversas especies, tanto nacionales como extranjeras, plantó la *acacia trinervis*, traída de Australia, resistente a los vientos y de crecimiento rápido para proteger a los pinos en la etapa inicial (Benseny, 2011).

Finalmente, los pinos comenzaron a prosperar recién a inicios de la década de los cuarenta. A pesar de tardar nueve años en conseguirlo, el resultado fue exitoso. Después de todo, Carlos Gesell logró forestar un territorio

² Entre el 2015 y el 2019 realicé trabajo de archivo en el Museo y Archivo Histórico de la ciudad que funciona en la antigua casa de las cuatro puertas. Desde 1991, este espacio se erige como “el epicentro de la reconstrucción histórica de la localidad balnearia”. Con charlas, actividades culturales y visitas guiadas, el museo se propone recuperar la historia “oficial” de la ciudad focalizando en la figura –tan emblemática– de Carlos Gesell y en el rol de las familias pioneras que acompañaron su desempeño. Alberga fuentes periodísticas, fotografías, documentos oficiales, cartas, folletos turísticos y documentos personales del propio Carlos Gesell.

Figura 2. Eslogan turístico y promoción de la segunda residencia en villa gesell de los años cincuenta

Fuente: Folleto turístico de 1950 y folleto inmobiliario de 1954, fichados en el museo y archivo histórico municipal de Villa Gesell.

Figure 2. Tourism Slogan and Promotion of Second Residence in Villa Gesell during the 1950s

Source: Tourist brochure from 1950 and real estate brochure from 1954, archived in the Villa Gesell Municipal Museum and Historical Archive.



1. Folleto turístico de Villa Gesell, 1950

2. Folleto Inmobiliaria Soria, 1954

que parecía no admitir tal intervención. Por estas razones, su lucha contra la naturaleza fue reconstruida por distintas personalidades locales bajo caracterizaciones ciertamente heroicas (Noel, 2012). En el marco de este proceso de exaltación de una serie de cualidades, la figura del fundador y el acto fundacional terminaron solapándose en un mito de origen (Noel y de Abrantes, 2014; de Abrantes, 2018; Noel, 2012).

Este mito –que narra la historia de un sueño imposible– marcó los itinerarios de la ciudad, incluso en su posibilidad de pensarse por fuera de los cánones turísticos. Como me indicó una geselina:

Desde ese momento, no nos quedó otra que ser lo que somos, pensás en todo lo que hicieron para que este lugar fuera posible y querés seguir con esa idea [...] No sabemos hacer otra cosa [...] tenemos que hacer bien lo que sabemos hacer: turismo. (Arquitecta y concejala, 57 años)

Con la forestación se inició un proceso de valorización del territorio hasta ese entonces considerado improductivo (Benseny, 2011; de Abrantes, 2018). En ese movimiento, se produjo el pasaje del uso de la tierra para la forestación hacia un uso turístico e inmobiliario. A partir de 1940, Villa Gesell ya comenzó a urbanizarse en términos turísticos: había que desarrollar caminos de acceso, infraestructura de servicios, hoteles, oficinas de informes, comercios y restaurantes. En definitiva, dispositivos de atracciones y descanso. Además, se necesitaba de gente que pudiese sostener la actividad y se instalara en la nueva villa de veraneo. En este contexto desembarcaron diversas familias de descendencia europea, así como también de las cercanías rurales –principalmente de General Madariaga– que se incluyeron en la trama social y económica prestando su fuerza de trabajo para la puesta en marcha del proyecto turístico. De igual modo, formaron parte de estos movimientos los “porteños” que, atraídos por el potencial de la zona, decidieron apostar al

desarrollo comercial, hotelero y gastronómico.

“El balneario que se recomienda de amigo a amigo” fue la primera marca con la que salió a competir en un mercado abarrotado de ofertas (ver Figura 2). Villa Gesell, a diferencia de otras localidades costeras, parecía no “necesitar” más promoción que aquella recomendación que un amigo podía brindarle a otro. En este sentido, impulsaba el desarrollo de un complejo hotelero sencillo, con marcas propias y una atención directa al veraneante. Además de este despliegue hotelero “cuidado”, se postuló como un escenario atractivo para que los sectores medios pudieran alcanzar la tan deseada casa de veraneo. Los archivos que resguarda el museo local indican una intensa promoción, durante estas primeras décadas, para adquirir una segunda vivienda. “Compre un lote y tenga su casa frente al mar”, “Venga todos los fines de semana”, “Disfrute, como los geselinos, de este paraíso”, “Con su casa propia se independizará de los hoteles que suelen estar colmados” (folletos de promoción turística de Villa Gesell, 1950 y 1952).

El establecimiento de la segunda casa garantizaba tres principios fundamentales para consolidar cierto estilo de la villa: impulsaba un mercado de trabajo en torno a la construcción, fortalecía el ritual de “volver a vacacionar en el mismo lugar” y promovía el desarrollo de una comunidad turística “entre conocidos” (ver Figura 2). Uno de los ejes para materializar esta propuesta fue el Plan Galopante,³ que establecía importantes descuentos ante una construcción rápida de las viviendas. Así como ocurrió en otros balnearios de la zona, el chalet californiano fue la forma arquitectónica preponderante que asumió la trama urbana local (Ballent, 2014).

³ El Plan Galopante fue un proyecto de urbanización y venta de lotes implementado en esta localidad balnearia en 1961. Este plan, dirigido tanto a residentes como a turistas, consistió en otorgar un 50% de descuento sobre el valor final del terreno a aquellas personas que hubiesen terminado de edificar sus viviendas o locales comerciales dentro del período de los seis meses (Noel y de Abrantes, 2014).

Villa Gesell tenía una propuesta clara. Era una ciudad lineal, con calles serpenteantes y trazados irregulares que seguían la morfología de las dunas. Una ciudad de apertura e interacción con la naturaleza. Poseía un paisaje urbano constituido por una arquitectura cuidada y en consonancia con la topografía del lugar: hoteles de pocos pisos y escasas habitaciones, chalets –a dos aguas, de techos rojos– y una gran presencia de la madera como elemento estético. Una ciudad, además, como manifiesta una de las entrevistadas, “... que no ha sido diseñada en un tablero de dibujo”, sino que “se aferra a las cosas reales (dunas, arena, mar) y ha surgido de este modo, no por capricho de su fundador, sino por el impulso pragmático que marca el curso de la propia naturaleza” (arquitecta, 45 años). Villa Gesell era, como señaló un asiduo turista en una carta mecanografiada y enviada a Carlos Gesell, “un lugar para escapar, huir, de la gran ciudad”. Un lugar, con “algo de poesía, intimidad, calma, fruición y paz del alma. Los demás balnearios son también óptimos, no digo que no. Pero Villa Gesell es otra cosa” (carta de José Fontán asiduo turista de Villa Gesell dirigida a Carlos Gesell, 1957. Fichada en el Museo y Archivo Histórico Municipal).

La reconstrucción nativa indica que durante los años sesenta y setenta el balneario se posicionó entre los más elegidos por los argentinos y asumió una identidad propia: “fueron los años dorados”, “todos querían veranear en Villa Gesell”, “este balneario era muy particular y atractivo”, “acá había paz y mucha naturaleza”. Señalan, además, que el “turismo parecía ser una fuente de recursos inagotables: todos vivíamos de eso” (jubilada, 68 años). Por ello, una vez instalado como destino turístico, cada verano los geselinos esperan que “la temporada logre ser lo suficientemente buena como subsistir todo el año” (jubilada, 68 años).

Pero la ciudad siguió creciendo. Y así, las cualidades que hacían de este balneario un “verdadero paraíso” y que sostenían aquella marca identitaria del origen se fueron, poco a poco, disipando. El desarrollo turístico propulsó –como suele ocurrir con estos escenarios– un proceso de mercantilización de la naturaleza, la playa y el bosque, cuya consecuencia fue la reducción de espacios públicos, el avance de los capitales privados, la especulación inmobiliaria y la necesidad de diversificar, cada vez más, la oferta de servicios y productos (Dadon, 2011; Hernández, 2019). Este movimiento, a su vez, fue acompañado por la transformación del paisaje costero.

A partir de la década de los setenta, como indican sus habitantes, los procesos que venían gestándose hacía tiempo se profundizaron: “ahí aparece el quiebre”; “siempre fuimos una ciudad turística, pero en los setenta la ciudad cambió drásticamente”; “crecimos demasiado turísticamente y perdimos la identidad que supimos tener”; “la ciudad dejó de ser nuestra y pasó a ser una especulación constante”. Desde otra perspectiva, pero

con un sentido similar, otra carta de “asiduos concurrentes a la Villa” da cuenta de esta transformación:

A 14 años de nuestra primera visita, tenemos que expresar nuestra queja por [...] el aumento en la cantidad, pero no en la CALIDAD de la edificación. [...] Nos encontramos con construcciones precarias, sin terminar, desproporcionadas y desubicadas, que sólo tratan de cubrir objetivos económicos, descuidando valores estéticos y de vida tales como colores, formas, vegetación, ubicación, que combinadas con un poco de habilidad podrían continuar la obra de paz y belleza que Uds. y sus primeros seguidores comenzaron sabiamente en la década del 30. (Carta de asiduos turistas de Villa Gesell dirigida a Carlos Gesell, 1972. Fichada en el Museo y Archivo Histórico Municipal)

A esta situación se le sumó la muerte del fundador y el impacto de esta ausencia entre quienes buscaban sostener cierta imagen identitaria: “con su muerte, algunos piensan que murió un proyecto específico de ciudad” (periodista, 68 años); “se murió Don Carlos y ahí se abrió una puerta para el cambio” (comerciante, 45 años); “ya no había rumbo” (arquitecta y concejala, 57 años). De cualquier modo, el punto de inflexión se hizo visible.

Los años ochenta complejizaron aún más este escenario (ver Figura 3). Todos aquellos dispositivos materiales creados para recibir a los turistas, las edificaciones que fueron ganándole terreno a los espacios verdes, así como las segundas residencias que se ubicaron en los lugares privilegiados de la ciudad, comenzaron a “caer en desuso” (arquitecto, 67 años). Toda esa ciudad montada para satisfacer el deseo de un otro comenzó a verse deshabitada, subutilizada y hasta fantasmagórica: “el contraste fue muy brusco [...] la ciudad se degradó muchísimo. El turismo no venía, las cosas no se mantenían, muchos proyectos quedaron a mitad de camino” (maestra, 40 años).

Algunos estudios sobre esta experiencia costera (Tauber, 1998; Benseny, 2011; 2013) señalan que en esta época la ciudad de Villa Gesell parecía haber entrado en lo que Butler (1980) denomina una “fase de estancamiento”. Luego de la consolidación, existe un momento en que los destinos turísticos alcanzan su tope de visitantes. A su vez, empiezan a dejar de estar a “la moda” y otras nuevas propuestas convocan el interés de los veraneantes. En esta encrucijada, los destinos pueden emprender un viraje más conservador o alternativo y, también, empezar a utilizar parte de la infraestructura turística en otro tipo de actividad. Pueden, a su vez, seguir apostando al modelo con el cual han crecido, bajo una confianza explícita en “el progreso”, e incluso continuar desarrollando materialmente la ciudad en busca de la activación del destino.



1. Avenida 3, arteria comercial, 1980

2. Avenida 1 y Paseo 123, 1984



Figura 3. Infraestructuras balnearias en los años ochenta
Fuente: Imágenes publicadas por el medio local pulso geselino: "Villa Gesell en la década del 80'" (29/08/2020).

Figure 3. Beach Infrastructure in the 1980s

Source: Images published by the local media Pulso Geselino: 'VILLA GESELL IN THE 1980s' (29/08/2020).

El modelo de los balnearios y de estas prácticas de las vacaciones residenciales –sostiene Urry (2004)– ha tenido su época dorada. A lo largo y ancho del globo, los balnearios recibieron hordas y hordas de veraneantes que buscaban, justamente, un espacio donde asentarse durante todo el tiempo en que se extendían sus vacaciones. La infraestructura y los servicios de estos lugares de acogida se adaptó a este movimiento estival de gran escala y, por este motivo, se expandieron material y demográficamente. Sin embargo, hacia finales de los años ochenta comenzaron a instalarse otras formas de emplear el tiempo de ocio. Los balnearios, poco a poco, fueron perdiendo competitividad dentro de un mapa de opciones cada vez más diverso, y esas ciudades construidas para satisfacer los deseos de "otros" durante el verano empezaron a ver cuestionada su funcionalidad (Noel, 2020).

En Villa Gesell el impacto se sintió con fuerza en los ochenta, y la década de los noventa no hizo más que agudizarlo: "en los noventa se nos vino la noche, pensamos que así no podíamos seguir [...]. Estábamos todos preocupados [...]. Los turistas no venían y la ciudad los estaba esperando. Estaba como vacía, como fuera de contexto" (periodista, 69 años). "No es que tuvimos una mala temporada y bueno... le teníamos fe a la que venía, fue todo malo, una época muy mala para el turismo nacional y teníamos armada esta ciudad para turistas que no venían" (periodista, 38 años).

En este contexto, los destinos nacionales sufrieron un fuerte revés debido al *boom* del turismo en el exterior, al cual accedieron las clases medias altas argentinas gracias a la Ley de Convertibilidad decretada en 1991.⁴ Según los testimonios locales, durante esos años, los geselinos esperaron cada verano bajo la promesa de

que la temporada podía revertir el proceso, pero los turistas no llegaban, la ciudad no sabía qué hacer con su infraestructura y sus servicios y la economía local se deprimían. El turismo estival ya no alcanzaba para seguir creciendo ni viviendo y, así, comenzaron a explicitarse un conjunto de desigualdades presentes desde los inicios.⁵

Así, el modelo económico basado en una demanda ociosa y estacional empezó a presentar fisuras. Un modelo económico que –no viene mal recordar– se presenta como la única fuente de supervivencia de la gran mayoría de los geselinos. Dadon explica que este tipo de destino turístico puede ser comparable con un área geográfica destinada a un monocultivo "... y, por ende, igualmente vulnerable; esa vulnerabilidad es agravada debido a que el turismo es una actividad económica no indispensable, reducible en frecuencia, duración y costos, y prescindible en tiempos de crisis" (2011: 43). Consultado por este tema, el intendente de la ciudad me dijo: "Villa Gesell fue y es, esencialmente, una ciudad turística que sabe ofrecer servicios turísticos de sol y playa. Así nacimos y eso somos", pero "tenemos que lograr romper con la lógica estacional de ese turismo, romper con la polaridad entre el verano y el largo invierno porque es un modelo que no nos permite seguir creciendo" (intendente, 55 años). Con otras palabras, un entrevistado me explicó:

La práctica del turismo estacional es como una manta corta, te cubre, pero no completamente. Provoca recesión y [...] permite el desarrollo de un sector reducido de la sociedad [...] impulsa una ciudad esplendorosa en verano y

⁴ La Ley de Convertibilidad del Austral fue decretada en 1991 por el Congreso de la Nación Argentina y estuvo vigente durante 11 años hasta su derogación en el 2002. Esta ley establecía una relación cambiaria fija entre la moneda nacional y la estadounidense.

⁵ En la primera década de los 2000 –luego de la recuperación de la crisis del 2001– es posible registrar una reactivación del turismo interno. Especialmente de los destinos de sol y playa del litoral atlántico bonaerense (Schenkel, 2015). Si bien los geselinos suelen reconocer que "las cosas mejoraron en esos años", el proceso de reactivación no logró contrarrestar los efectos del turismo estival, es decir, los impactos producidos por la concentración de la principal actividad económica en unos pocos meses del año.

deprimida en invierno. Una ciudad de postal y una pobre. (Escritor, 60 años)

Durante mi trabajo en este balneario recuperé una serie de preguntas que fueron instaladas por el proceso de urbanización y turistificación acelerado: “¿hasta dónde podemos seguir creciendo?”; “¿podemos seguir transformando la naturaleza sin perder el espíritu originario?”; “¿seguimos siendo aquel balneario que se recomienda de amigo a amigo?”; “¿estamos preparados para emprender otras actividades económicas que no se reduzcan a las lógicas turísticas y estacionales?”; “¿la playa sigue siendo un lugar demandado por las familias argentinas?”; “¿qué somos más allá de la ciudad turística, del balneario?”. Como señala Urbain (2003), la playa es una zona fronteriza, un lugar constituido entre la tierra y el mar, pero también entre la mirada romántica del reducto immaculado y el abarrotamiento impulsado por el turismo de masas. En esa oscilación, la playa ha ido transformándose, y allí radica su complejidad.

Oscilaciones y restos materiales de una ciudad partida

No hay duda de que los argentinos sabemos sobre Villa Gesell. Cada vez que los calendarios marcan los recesos escolares y laborales, las temperaturas se elevan y el verano se instala, esta ciudad aparece como una de las primeras opciones para los turistas, quienes comienzan a comparar precios, a mirar fotografías de hoteles o casas de los portales inmobiliarios y a realizar consultas. Durante este mismo período, los medios de comunicación de escala nacional suelen reportar diariamente algunas noticias de temporada: clima, seguridad, ofertas recreativas, precios, cantidad de plazas disponibles. Villa Gesell, junto con otras ciudades del corredor atlántico, se pone en el centro de la escena mediática y también en el centro de los deseos de quienes salen de vacaciones. “En verano nos miran todos, claro, porque recibimos dos millones de turistas, pero pasa el verano y ahí quedamos...” (intendente, 55 años).

En reiteradas oportunidades, los geselinos me advirtieron que en lo cierto “los argentinos no conocen la verdadera ciudad” y, menos aún, lo que ocurre con ese pasaje estacional de cierre y apertura de una temporada que se reedita cada año: “nadie se imagina lo que es vivir en una ciudad tan cambiante como esta” (directora del museo, 72 años). Desde sus perspectivas, el turismo estival que practican es más que una decisión económica, una fuente de recursos, un mero cruce de oferta y demanda, métricas y datos que se consumen y enuncian. Así me lo presentaron ellos:

Es cierto que tenemos una economía compleja y estacional, que hay problemas con el trabajo en invierno, que la plata no alcanza y que todo se vuelve difícil. Pero acá pasan otras cosas

durante el invierno. Es muy duro y la gente no se lo imagina. (Gestor inmobiliario, 72 años)

El contraste es terrible. Muy fuerte. Esto pasa de estar lleno de gente a estar casi vacío; del calor al frío; del brillo a la oscuridad; del bullicio al silencio. (Trabajador estacional, 45 años)

A algunas personas les gusta cuando el turismo se va y viene el invierno porque la ciudad vuelve a ser la verdadera ciudad, pero es muy fuerte lo que pasa. El cambio es abismal. (Hotelero, 65 años)

Cuando arranca la temporada turística la ciudad [...] florece. No sé cómo explicarte, se pone linda. (Funcionaria, 50 años)

Vivimos en una ciudad que fue creada para ser consumida por otros [...] y también nos travestimos, ¿no?, nos montamos en verano y nos desmontamos todos los inviernos [...] Es bastante loco lo que pasa acá, esto del cambio constante. (Funcionaria local, 42 años)

Algo similar relata la voz en *off* que acompaña el filme *Balnearios* de Mariano Llinás, aquel falso documental que busca retratar, con algo de ironía, la vida en estas ciudades:

Durante la mayor parte del año, estas ciudades permanecen vacías. Las calles están desiertas; los negocios, cerrados; los hoteles, inactivos; los grandes edificios de departamentos, deshabitados. Son literalmente ciudades muertas, abandonadas, inertes, yermas, baldías, fantasmagóricas [...] Sin embargo, a fines de octubre, el paisaje varía [...] De un día para el otro, dondequiera que uno mire, se perciben cambios abruptos. Un año entero de abandono, de letargo, de olvido, se corrige en pocos días. La actividad se vuelve febril. (Llinás, 2002)

Los testimonios recogidos –en línea con la recreación de Llinás– hablan de un cambio abrupto en el paisaje y en los quehaceres diarios que lo constituyen. Dan cuenta, además, de un montaje que se produce de manera cíclica: todos los años la ciudad se prepara para recibir a los turistas, cambia, se monta, se embellece, se arregla, se dispone. La ciudad se mueve y oscila; como me dijo un geselino, muestra distintas “caras”.

Estos movimientos narrados por las voces nativas fueron constatados, a su vez, en distintas observaciones que realicé en el espacio público, tanto en invierno como en verano. Los registros exponen, como era de esperar, contrastes sobre el clima, la cantidad de gente que circula por las calles, la apertura de comercios, el ritmo de las

Figura 4. Villa Gesell en invierno
Fuente: Fotografía de Gabriel Noel

Figure 4. *Villa Gesell in Winter*
Source: Photo by Gabriel Noel.



actividades cotidianas, la sociabilidad, el tránsito o la relación con el “recurso natural” de la playa, la arena y el mar. También exhiben cómo ciertos fragmentos del paisaje se pueden iluminar o apagar con el cambio de estación, cómo ciertas infraestructuras se utilizan y dejan de utilizarse cuando se producen las transiciones temporales: “hay partes de la ciudad que se activan sólo en verano y lo mismo pasa con el invierno [...], esas partes que están vivas en invierno el turista en realidad no las conoce” (escritor, 60 años).

Antes del 14 de diciembre –cuando la temporada se inaugura– la ciudad se prepara para recibir al millón y medio de turistas. Entre octubre y diciembre, es posible observar cómo se monta el paisaje para satisfacer las necesidades de quienes habitarán el territorio costero durante días, semanas, quincenas o meses. Este recorte temporal muestra el despliegue de la infraestructura dispuesta para el ocio y la recreación estival. Los balnearios comienzan a armar sus carpas y a poner en condiciones sus paradores; los propietarios cortan el pasto, pintan los frentes de las viviendas y hacen arreglos en sus interiores; las sábanas y las toallas, recién lavadas, inundan la visual de los hoteles; los trabajadores cargan y descargan mercadería de diversos camiones; los empleados de los comercios limpian y adornan vidrieras; los bares extienden los sectores de mesas al aire libre y ponen en condiciones las sombrillas; los hoteleros realizan cambios en sus establecimientos: colchones, mesitas de luz, acolchados, artefactos de iluminación, manteles; las inmobiliarias encienden sus marquesinas y renuevan sus ofertas de inmuebles en plataformas físicas y virtuales; los trabajadores estacionales arriban a la ciudad. También se acelera el tiempo: los ritmos del espacio público aumentan su velocidad produciendo transformaciones en los modos de experimentar el paisaje. Como me dijo una geselina, todo indica que “la fiesta está por comenzar [...]”. Se

vienen otros tiempos, los tiempos del verano, del frenesí, de las corridas, de la locura” (periodista, 38 años).

Existe, además, un ritual específico que habilita la entrada al verano y da por inaugurada la aclamada temporada. Un ritual para bendecir los meses en los cuales, según palabras nativas, la “ciudad entra en otro tiempo”. De este evento participan distintas autoridades municipales (intendente, secretario de Turismo, jefe del Cuerpo de Guardavidas, secretario de Obras Públicas, entre otros), los principales referentes de los credos locales y la comunidad residente. Tras una rueda de oradores, se realiza un “salto al mar” liderado por los guardavidas. El hito marca la transición y le da un marco institucional a un proceso –de intervenciones y transformaciones– que viene gestándose unos meses atrás, “pero ese día los geselinos ya sabemos que entramos en otra ciudad: la Villa Gesell de los turistas” (funcionaria local, 42 años).

El cierre de la temporada no tiene un hito específico. Los geselinos me indicaron que antes “la temporada se extendía hasta marzo o más [...], la gente se quedaba hasta que arrancaban las clases” (hotelero, 65 años). Ahora, “todo se desdibuja a fines de febrero [...] la masa grande de turistas se va” (hotelero, 65 años). Durante el repliegue de la ciudad, lento pero constante, los negocios de *souvenirs* van cerrando sus persianas; los balnearios levantan las hileras de carpas dispuestas sobre la arena; los comercios cierran algunos días a la semana; los restaurantes reducen la cantidad de mesas en las veredas, el personal y los días de funcionamiento; los espectáculos callejeros anuncian sus últimas funciones; ciertos sectores de la ciudad empiezan a verse menos iluminados; el tránsito poco a poco va menguando; los colectivos reducen sus frecuencias; y las rutas –que supieron contener múltiples “idas y venidas”– se observan

Figura 5. Escombros del viejo hotel. Calle 36 y playa
Fuente: Las Ruinas, 2023

Figure 5. Rubble from the Old Hotel. 36th Street and Beach
Source: The Ruins, 2023.



despejadas, vacías o livianas. Estas imágenes recrean la antesala de ese largo invierno que se materializa en un paisaje costero bien distinto a aquel que los argentinos, como dicen los geselinos, “solemos conocer” (ver Figura 4).

Se trata, en palabras de los geselinos, de un invierno “puertas adentro”, con “temperaturas muy bajas”, “vientos y sudostada”, con “poca disponibilidad de comercios” y “escasas actividades culturales”. “Nueves meses en los que la ciudad se vive como un verdadero pueblo fantasma”, “que volvemos a ser los de siempre, los habitantes que caminamos por calles vacías y entre negocios cerrados y tapiados”. Una estación –mucho más larga que la formal– en la que el “aburrimiento”, la “soledad”, la “lentitud” y la “introspección”, pero también la “tranquilidad”, “el espacio abierto” y “la familiaridad” parecen convertirse en las formas predominantes del habitar.

Estos datos evidencian que, en la actualidad, el paisaje geselino –cargado de encadenamientos temporales, mitos, epopeyas, desarrollos y resistencias– se expande y se contrae. Se extiende más allá de sus propios límites, para doblarse sobre sí mismo cada vez que la temporada llega a su fin. La marcada estacionalidad del fenómeno turístico –y los cambios circulares en las actividades cotidianas– ha provocado un crecimiento desmesurado de la infraestructura, el equipamiento de servicios, las redes de transporte, las zonas comerciales, conforme a los picos de máxima demanda. Por un lado, el desarrollo de esta infraestructura –por períodos obsoleta– ha ido modificando profundamente la geografía del paisaje y los modos de habitarlo. Por otro, su mantenimiento fue exigiendo esfuerzos del capital privado e imponiendo grandes erogaciones al gobierno municipal, lo que ha provocado alzas especulativas en el valor del suelo y las propiedades.

Mientras que en el verano esa materialidad extendida

suele acompañar el movimiento demográfico que la ciudad recibe, en invierno se vuelven restos materiales transitorios entre los cuales los geselinos transitan sin poder apropiárselos. Una parte de la ciudad parecería entrar en pausa, reservarse y esperar que vuelva el verano para cobrar vida nuevamente. “Es rarísimo lo que pasa con eso, es una parte muerta de la ciudad que está pensada o ideada para otras personas” (abogado, 52 años). “En invierno esto es como uno de esos parques de diversiones que cayeron en decadencia, ¿te ubicás?, como que queda todo ahí, oxidándose, esperando que en algún momento la cosa reactiva” (historiadora, 40 años).

La tensión en el paisaje se vuelve más evidente en momentos de crisis, es decir, cuando el destino turístico no logra capturar ese deseo para el cual fue creado. Frente al estancamiento, los balnearios se figuran como escenarios extraños, imposibilitados y coartados. La voz en *off* de la película de Llinás recrea, con agudeza, la siguiente imagen:

La fiebre del oro, que los atacaba cada año, cada verano, hizo de ellos, lentamente, otra cosa. Una cosa extraña. [...] A los balnearios los imaginó una época arrebatada y arrogante; y cuando esa época se terminó, cuando sus transatlánticos fueron a parar al fondo del mar y cuando sus dirigibles se prendieron fuego, los balnearios quedaron como los únicos sobrevivientes. Como naufragos. Como seres de otro mundo; como dinosaurios. (Llinás, 2002)

Cuando los balnearios emergen como “seres de otro mundo”, las oscilaciones se profundizan y comienzan a aparecer restos materiales permanentes. Esto es, estructuras e infraestructuras que no logran actualizarse ni tampoco encuentran cómo reinventarse: un gran acuario abandonado, un parque temático cuyos restos terminaron fusionándose con el bosque, un camping en ruinas, segundas residencias que ya no reciben

turistas, restaurantes tapiados, edificaciones corroidas y *grafiteadas*, predios baldíos, estructuras balnearias desgastadas por el accionar del viento y el agua salada, ventanas rotas y fachadas despintadas (ver Figura 5).

Cuando consulté por la presencia de estos restos, me encontré con algo curioso: para muchos de los geselinos representan el fulgor de los tiempos dorados y contienen la fuerza creadora del mito fundacional de la villa de veraneo. “Hablan de nuestra historia, de lo que fuimos y de lo que tenemos que volver a ser. O, mejor dicho, de lo que muchos quieren que volvamos a ser” (directora del museo, 72 años). Como expresa el testimonio de la directora del museo local, los restos parecen estar allí para recordar que, a pesar de “los malos tiempos”, “Villa Gesell es una ciudad turística”. Este recordatorio genera posiciones encontradas entre los locales. Algunos sectores, aún aferrados a lo que estas materialidades inactivas representan, esperan que cada temporada vuelva a “ser como las de antes”, confían en las maniobras del *marketing* para reposicionar el destino turístico y que el deseo del veraneante vuelva a encontrar un presente en estas playas. Otros entienden justamente lo contrario: “lo que ves, todo esto venido a menos, nos dice que tenemos que salir a hacer otra cosa, que el turismo así no va más [...] todos los espejitos de colores se rompieron y los castillos de arena se cayeron” (historiadora, 40 años).

Los movimientos observados entre marzo del 2020 y marzo del 2022, durante la pandemia del COVID-19, exponen las imposibilidades, la fragilidad, pero también la capacidad de reinventarse que tienen estos destinos turísticos. Siguiendo los titulares de los principales medios de comunicación local y recuperando las voces de los geselinos, es posible reconstruir un ciclo iniciado con la crisis sanitaria y las restricciones impuestas sobre los desplazamientos. Este inicio se fue difuminando cuando las medidas impulsadas por el ASPO (Asilamiento Social Preventivo y Obligatorio) se flexibilizaron y las personas –permisos mediante– empezaron a moverse (Trimano y de Abrantes, 2023).

En este contexto, como me indicó el intendente de la ciudad, muchas familias que tenían casas de veraneo en Villa Gesell “solicitaron permisos para moverse, irse de Buenos Aires e instalarse en Gesell” (55 años). La tendencia inicial hacia lo que parecía ser “el fin del turismo” terminó de revertirse con la implementación de una política pública de alcance nacional: el PREVIAJE.⁶ Esta iniciativa, sumada a los efectos de una de las cuarentenas “más largas del mundo”,⁷ fue capaz de reactivar el

⁶ Se trata de un programa de preventa turística que buscó, y aún busca, incentivar al sector mediante la devolución del 50% de los gastos implicados en la planificación de un viaje (alojamientos, transporte, excursiones, etc.). Este programa es impulsado desde el Ministerio de Turismo y Deportes de la Nación.

⁷ Para más información y precisiones: <https://www.lanacion.com.ar/sociedad/mito-realidad-la-argentina-tuvo-cuarentena-mas->

turismo de sol y playa, logrando que el verano del 2021 se postulara, en palabras del intendente de Villa Gesell, como “la mejor temporada de los últimos veinte años” (55 años). Esta temporada “puso a Gesell de nuevo en estado físico. La ciudad brillaba por donde la mires, otra vez todas las casas alquiladas, los hoteles llenos, la gente con trabajo” (hotelero, 50 años). Sin embargo, los geselinos saben que el destino puede volver a estancarse y deprimirse: “todo este sistema ya sabemos que es muy frágil. Una buena temporada no indica que las cosas vayan a ser así para siempre. Dependemos de lo que el turista quiere y de mil variables del contexto” (funcionaria local, 42 años).

Por último, y volviendo a los movimientos generados por la alternancia temporal, encontré que la estacionalidad produce múltiples escisiones sobre el paisaje. Además de los pliegues y de los restos materiales transitorios o permanentes, la estacionalidad de la actividad económica divide a la ciudad en dos: de un lado, la turística, que emerge durante el verano, la que vemos en las postales y en las imágenes que nos muestran los medios de comunicación, la que recibe la intervención estatal e inversiones privadas, la que se cuida y se embellece para el veraneante; del otro, la ciudad postergada e invisibilizada, la de los trabajadores, la que crece con diversos tipos de problemáticas sociales y carece de aquellos recursos que el turismo acapara, resguarda y explota.

Como explica María Carman (2011), el culto hacia la belleza prístina de “la naturaleza” tiende fronteras, divide, separa y, fundamentalmente, segrega. Villa Gesell es un destino de sol y playa que ha buscado satisfacer las necesidades del veraneante mercantilizando un conjunto de recursos paisajísticos: la playa, el mar, el bosque y los médanos en el marco del clima que provee el verano. Estos recursos no se encuentran diseminados por toda la ciudad, sino que se sitúan en una zona específica (sobre la línea costera) y se vuelven explotables durante los tres meses en los que se extiende la temporada estival. Como sostiene Trivi, “el turismo en su despliegue se apropia de formas espaciales, productos de procesos históricos y naturales previos, y los convierte en *atractivos* a ser consumidos” (2018: 1138).

Esos recursos, como me dijo un entrevistado, sólo “funcionan en verano” y se fueron “concentrando” en “algunas pocas manos y en una parte de la ciudad” que se reserva, se guarda, se destina “al turista”: “la playa, en un sentido amplio, no es nuestra, es de ellos” (escritor, 60 años). Esa zona que ellos llaman “la playa” –pero que contiene el bosque, los médanos y toda “la naturaleza” que la ciudad ostenta– se desarrolla en un trazado urbano irregular, de calles medanosas y arboladas. Allí se ubican las segundas residencias, los hoteles, las cabañas y el despliegue comercial estacional. Por esto, allí existe una escasa concentración poblacional y un gran porcentaje de viviendas desocupadas

nid2519717/

durante la mayor parte del año (INDEC, 2022b).

El boulevard que lleva el nombre del padre del fundador –Silvio Gesell– “resguarda” a este paisaje constituido por los recursos privilegiados y lo separa de “la verdadera ciudad”. En lo cierto, se trata de una frontera material y simbólica que oculta e invisibiliza “la verdadera ciudad en donde viven los residentes, una ciudad que no aparece en los mapas y de la cual los turistas no tienen ni noticia” (escritor, 60 años). Esta zona, organizada bajo la forma de cuadrícula, posee una concentración poblacional y una demanda habitacional evidente, que se traduce en diversas situaciones de hacinamiento y formas de asentamiento precarias e inestables. Aquí, según me explicaron los geselinos, existen grandes dificultades en el acceso a los servicios básicos (trazado de calles, tendido eléctrico, recolección de residuos, cloacas, etc.) y una notoria ausencia del Estado.

El siguiente fragmento de entrevista evidencia de qué manera se organiza una ciudad concebida para satisfacer, simbólica y materialmente, las necesidades de un otro. Un otro –el turista– que sólo la visita “en temporada”, pero que es capaz de regular, definir e intervenir activamente en la constitución del paisaje.

El corredor turístico está muy urbanizado y hay más servicios públicos. Esto no debería ser así: una persona en verano –el que viene a calentar una salchicha– tiene gas natural, mucha más potencia de luz, accesibilidad a los centros educativos [...], mientras que la gente que vive todo el año, donde está la mayor densidad demográfica, no tiene nada. Esa gente, por ejemplo, tuvo que luchar para tener una escuela después de mucho tiempo. Ahí están los chicos, no en la ciudad turística. De este lado está lleno de casas vacías durante todo el año, pero con todos los servicios. Donde más urbanizado está es donde menos vive la gente. (Historiadora, 40 años)

Mantobani explica que la preocupación por el bienestar de la población estacional, junto con el acondicionamiento de espacios que portan y sostienen esos bienestares, “es lo que ha originado el dualismo [...] que se manifiesta en la existencia simultánea de dos estructuras espaciales contiguas y contrastadas: ‘la ciudad turística’ o ‘ciudad efímera’ y la ‘ciudad permanente’ o ‘la ciudad cotidiana’” (2000: 98). Esta realidad, como hemos visto, es enmascarada por la vocación de la comercialización del destino: “esto no sale en las portadas de los diarios nacionales. No puede salir porque tenemos que vendernos como un paraíso. El turista, si no, no viene, elige otro destino” (funcionaria local, 42 años). Esto genera tensiones, contradicciones y diversos conflictos entre los residentes. Cuando una ciudad nace, crece y se instituye a partir de lo que otros necesitan, demandan y

desean durante un tiempo acotado: ¿dónde queda, en esa configuración, el deseo de un “nosotros”?

Reflexiones finales

El artículo presenta un recorrido por la historia de un balneario bonaerense que emergió en los años treinta y logró consolidarse algún tiempo después de que los argentinos lograran acceder a las vacaciones pagas. Por aquellos años –en particular, entre las décadas de los sesenta y setenta–, la playa, en tanto figura icónica, ya se presentaba como un escenario deseado, demandado y visitado por muchas familias. El texto muestra cómo Villa Gesell –el balneario en cuestión– fue creciendo y montándose con las estructuras e infraestructuras que aquellos veraneantes perseguían: hoteles, segundas residencias, paradores, rutas, comercios y dispositivos recreativos para el turismo. “Había que convertirse en un destino turístico, en una playa, y ello implicó mucho esfuerzo” porque, como me indicó la directora del museo local, “había que urbanizar, pero a la vez mantener la naturaleza [...] en su estado más virgen posible”. En última instancia, “había que convertirse en lo que los turistas querían y buscaban, a veces en contra de nosotros mismos” (72 años).

Así, Villa Gesell fue desarrollando un modelo económico de subsistencia basado en la explotación de los recursos paisajísticos durante la aclamada temporada estival. Como me indicaron las voces locales, los geselinos aprendieron a vivir, de manera exclusiva, de esta actividad que sólo se activa durante un período del año. A su vez, el recorrido muestra cómo la ciudad tuvo que adaptarse, con éxito relativo, a los cambios producidos en las prácticas recreativas de los argentinos: las temporadas se acortaron, los destinos turísticos se diversificaron, las crisis económicas afectaron la disponibilidad monetaria de los veraneantes, las concepciones y las prácticas del ocio fueron mutando y surgieron, también, otros escenarios atlánticos “más a la moda”.

Este ejercicio de recuperar la historia de esta localidad (desde los avatares de su fundación hasta las contradicciones de la actualidad) ha implicado un acto de rememoración del paisaje (Ingold, 2013). Es decir, observar, analizar y explorar un ambiente habitado que está impregnado de pasado. Ese pasado no se revela de manera uniforme. Si bien existe cierta “historia oficial” que trata de estabilizar una representación sobre el balneario, el trabajo de campo me permitió visibilizar las tensiones sobre lo que fue, es y podría ser esta ciudad.

Rememorar el paisaje me permitió conocer las particularidades del caso de estudio, pero fundamentalmente comprender cuál es el pasado sobre el que se levanta una ciudad que persigue de manera cíclica el deseo de un turista que la visita ocasionalmente. ¿Cuál es el pasado que sostiene a una comunidad atravesada, de punta a punta, por la

estacionalidad? ¿Cómo llegó Villa Gesell a ser la ciudad que es, una ciudad que se mueve con las contracciones y expansiones, los despliegues y repliegues, las luces y sombras de un turismo estacional, una ciudad que se debate entre temporadas altas y bajas, entre el esplendor del verano y la dureza del invierno?

En este artículo expuse algunos de los hallazgos de una etnografía espaciotemporal que avanzó sobre dos ejes conceptuales –el tiempo estacional y el paisaje– buscando comprender cuáles son los movimientos que la estacionalidad (económica, pero también social y cultural) imprime sobre el paisaje costero. En esta búsqueda he podido reponer tres, aunque la lista no es exhaustiva: los despliegues y repliegues, la generación de restos materiales transitorios y permanentes, así como las escisiones que configuran una ciudad que, poco a poco, se ha ido partiendo en dos. El texto presentó la caracterización de estos movimientos y cómo van configurando modos de habitar oscilantes y escindidos. En definitiva, cómo van construyendo un paisaje en profunda tensión.

Estas reflexiones pretenden iluminar el fenómeno de la estacionalidad, tan atendido por la antropología en los albores del siglo xx. A través de las voces y las prácticas de los geselinos (así como lo hicieron Mauss y Beuchat con sus esquimales), exploré las fases sucesivas y regulares, de intensidad creciente y decreciente, de reposo y de actividad, de gasto y de reparación de esta comunidad atlántica. El foco de estas transiciones o movimientos temporales estuvo puesto en las marcas, huellas y estelas que pueden observarse en el paisaje.

Por último, algunos de los argumentos aquí volcados pueden ser útiles para indagar en las historias de los balnearios bonaerenses, sus características urbanas, sus modelos económicos y formas de subsistencia, sus modos de habitar y, principalmente, sus resistencias y conflictos. Asimismo, para desentrañar las prácticas recreativas y los gustos de los turistas, y abordar cómo sus deseos intervienen de modo activo en la configuración de los paisajes que no habitan (al contrario de los geselinos, que parecen habitar una ciudad que se les escurre). Cuando los castillos de arena ya fueron derribados por el mar, el paso de los turistas, verano tras verano, deja una marca concreta en la ciudad que visitan. Oscilaciones, restos y escisiones. Pensar ese paisaje a partir de estos movimientos que genera la estacionalidad es un aporte crucial para analizar algunas de las particularidades que asume la desigualdad social en aquellas ciudades que viven, como Villa Gesell, de un turismo de sol y playa.

Buenos Aires, 8 de noviembre 2023

Fuentes documentales citadas

Arabia, V., Planisi, M., Naya, M. A., Naya, C., Krasnopolsky,

E., Martignone, J., (1972). *Carta de asiduos turistas de Villa Gesell dirigida a Carlos Gesell*. Documento fichado en el Museo y Archivo Histórico Municipal.

Fontán, J. (1957). *Carta de José Fontán asiduo turista de Villa Gesell dirigida a Carlos Gesell*. Fichada en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.

Gesell, C. (1950). *Disfrute de este paraíso*. Folleto de promoción turística fichado en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.

Gesell, C. (1950). *El balneario que se recomienda de amigo a amigo*. Folleto de promoción turística fichado en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.

Gesell, C. (1952). *Compre un lote frente al mar*. Folleto de promoción Fichado en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.

Inmobiliaria Soria (1954). *Construya usted su casa*. Folleto de promoción inmobiliaria fichado en el Museo y Archivo Histórico Municipal de Villa Gesell.

Bibliografía

Ballent, A. (2014). Entre el mercado y la obra estatal. Itinerarios del chalet californiano. En: A. Ballent y F. Liernur *La casa y la multitud. Vivienda política y cultura en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Benseny, G. (2011). *La zona costera como escenario turístico. Transformaciones territoriales en la Costa Atlántica Bonaerense. Villa Gesell* (Argentina). Tesis de Doctorado en Geografía: Universidad Nacional del Sur.

Benseny, G. (Coord.) (2013). *Gestores costeros. De la teoría a la práctica: una aplicación en áreas litorales*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.

Carbonell Camós, E. (2004). *Debates acerca de la antropología del tiempo*. Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona.

Carman, M. (2011). *Las trampas de la naturaleza: medio ambiente y segregación en Buenos Aires*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Dadon, J. (2011). Patrones de urbanización turística costera. En: J. Dadon (Ed.) *Ciudad, paisaje, turismo. Frentes urbanos costeros*. Buenos

Aires: Nobuko.

Barcelona: Seix Barral.

- de Abrantes, L. (2018). *Habitar entre polos. Una etnografía de las experiencias de transformación urbana en una ciudad media bonaerense*. Tesis de Maestría en Antropología Social, FLACSO, Argentina. <https://ri.unsam.edu.ar/handle/123456789/2142>
- de Abrantes, L. (2021). *En los senderos del tiempo. Una etnografía sobre las experiencias temporales de un balneario bonaerense (Villa Gesell 2015-2020)*. Tesis de Doctorado en Antropología Social. Universidad Nacional de San Martín.
- Evans-Pritchard, E. (1992). *Los Nuer*. Barcelona: Anagrama.
- Fabian, J. (2020). *El tiempo y el otro. Cómo construye su objeto la antropología*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Gell, A. (1992) *The Anthropology of Time*. Oxford: Berg.
- Guber, R. (2005). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Harvey, D. (1994). La construcción social del espacio y del tiempo: una teoría relacional. *Simposio de Geografía Socioeconómica*. Asociación de Geógrafos Japoneses en la Universidad de Nagoya. Japón, 15 de octubre.
- Hernández, F. (2019). Estudio sobre la mercantilización de las playas en la costa marítima bonaerense. *Estudios Socioterritoriales*, núm. 25, pp. 1-26. <https://doi.org/10.1590/2236-9996.2021-5005>
<https://doi.org/10.25145/j.pasos.2023.21.023>
- INDEC (2022a). Encuesta de Ocupación Hotelera. Recuperado de: <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-Tema-3-13-56>
- INDEC (2022b). Censo Nacional de Población. Resultados preliminares. Recuperado de: <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-Tema-2-41-165>
- Ingold, T. (2013). La temporalidad del paisaje (M. Lepori, Trad.). Recuperado el 30 de agosto de 2019 de: <https://cupdf.com/document/ingold-la-temporalidad-del-paisaje-trad-lepori.html>
- Iparraquirre, G. (2011). *Antropología del Tiempo. El caso mocoví*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- Leach, E. (1971). *Replanteamiento de la Antropología*. Barcelona: Seix Barral.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lévi-Strauss, C. (2004). *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Llinás, M. (Dirección). (2002). *Balnearios* [Película].
- Mantobani, J. (2000). *Más allá de la ciudad del actor y el sistema. Repensando el proceso de producción del espacio urbano a partir de los aportes de Norbert Elias*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Mauss, M. y Beuchat, H. (1979 [1905]). Ensayo sobre las variaciones estacionales de las sociedades esquimales. En: M. Mauss (Ed.) *Sociología y antropología*. Madrid: Técnos.
- Noel, G. (2012). Historias de pioneros. Configuración y surgimiento de un repertorio histórico-identitario en la costa atlántica bonaerense. *AtekNa*, vol. 2, pp. 165-205. <https://plarci.org/index.php/atekna/article/view/125>
- Noel, G. (2020). *A la sombra de los bárbaros. Transformaciones sociales y procesos de delimitación moral en una ciudad de la Costa Atlántica bonaerense (Villa Gesell, 2007-2014)*. Buenos Aires: Teseo. <https://www.editorialteseo.com/archivos/17256/a-la-sombra-de-los-barbaros/>
- Noel, G. y de Abrantes, L. (2014). La gran división. Crecimiento y diferenciación social en una ciudad balnearia de la costa atlántica bonaerense. *Argumentos. Revista de Crítica Social*, núm. 16/ noviembre, pp.41-166. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/argumentos/article/view/915>
- Ortiz, C. (2010). *Los incautos. Historia de Villa Gesell y sus alrededores*. Villa Gesell: Ediciones Alfonsina.
- Oviedo, J. (2009). *Balneario rico. Pueblo pobre*. Villa Gesell: Edición de Autor.
- Pastoriza, E. (2011). *La conquista de las vacaciones. Breve historia del turismo en la Argentina*. Buenos Aires: Edhasa.
- Pastoriza, E. y Torre, J. C. (2019). *Mar del Plata, un sueño de los argentinos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Piglia, M. (2014). *Automóviles, turismo y caminos. Los*

clubes de automovilistas y la formación de las políticas turísticas y viales en la Argentina (1918-1955). Buenos Aires: Siglo XXI.

Schenkel, E. (2015). La política turística como alternativa económica en la Argentina. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, vol. 13, núm. 3, pp. 619-623. <https://doi.org/10.25145/j.pasos.2015.13.043>

Silla, R. (2010). Variaciones temporales, espaciales y estacionales de los crianceros del norte neuquino. *Revista de Transporte y Territorio*, núm 3, pp. 5-22. <https://doi.org/10.34096/rtt.i3.24>

Tauber, F. (Comp.) (1998) *Villa Gesell: Reflexiones y Datos para una Estrategia de Desarrollo*. La Plata: Secretaría de Extensión de la UNLP.

Trimano, L. y de Abrantes, L. (2023). Movilidad turística entre expectativas, incertidumbres y encuentros.

Retrato de un verano pandémico en un pueblo de las Sierras de Córdoba, Argentina. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, vol. 21, núm. 2, pp. 363- 381. <https://doi.org/10.25145/j.pasos.2023.21.023>

Trivi, N. A. (2018). El paisaje, del atractivo al fetiche. Un ensayo sobre consumo visual y turismo. *PASOS. Revista De Turismo Y Patrimonio Cultural*, 16(4), pp. 1131-1141. <https://doi.org/10.25145/j.pasos.2018.16.078>

Urbain, J. D. (2003). *At the Beach*. Minnesota: University of Minnesota Press.

Urry, J. (2004). *La mirada del turista*. Lima: Universidad de San Martín de Porres.

Vargas Cetina, G. (2007). Tiempo y poder: la antropología del tiempo. *Nueva Antropología*, vol. XX, núm. 67, pp. 41-64. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15906703>